

Elisa Vicondo

NURTURA



Editorial Diario del Desierto

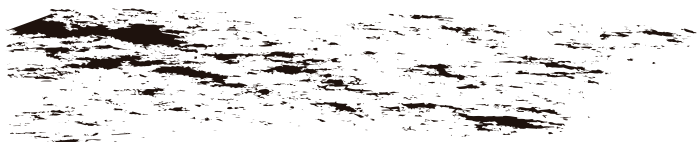
Elisa Vicondo

NURTURA



Ediciones Lamás Médula

NURTURA



Elisa Vicondo

Ediciones Diario del Desierto

Prensa y Comunicación: Elisa Vicondo

Foto de Solapa: Conty Arcos

Diseño de Tapa: Diego Galante

Dirección Editorial: Ludovico Fonda

Dirección de Arte: Agustín Luisi

Ediciones Diario del Desierto

*Realización de Libros, Discos y Revistas
Andrade 67 / CP 6070 / Lincoln, Buenos Aires.*

www.editorialdiariodeldesierto.com.ar

Impreso en Lincoln, provincia de Buenos Aires, Argentina

editorialdiariodeldesierto@gmail.com

Impreso en Argentina

“Lo que yo llamaba mi rostro, comprendí tiempo después,
no era más que la huella dejada en el barro por un fauno de luz;
mi cuerpo una trampa,
liberada por la risa, de su triste mandato de jaula.
Las manos, nunca altar, siempre servidumbre,
siempre obligación de ser ternura;
aún las interrogo, sin pausa,
con la intención de iluminar la huella de aquel fauno,
su gesto anochecido en la mitad de la tarde”

“La eternidad de las fábulas”. Cap. II. Michel Jhrenzen

Índice

Habla	5
Creación	6
Humus	7
Purificador Musical	9
Gallus, Gallus Domesticus	11
Sakineh Mohammadi Ashtiani	12
Mi círculo perfecto	14
Palabras	16
Garza es mi pena	18
Resfrío	19
Elias	20
Monólogo de la cajera	24
Relojes de pluma	25
Fuertealma	27
Poesía en el supermercado chino	28
Cultruquin	30
Alquiler	33
Museo de los despojos cotidianos	35
Mosca enamorada	36
Siempre hasta pronto	37
Anticortazar	38
El último árbol	39
Mañanas sin arena	41
Lactancia	43
Blanco	44
Dos	47
Metamorfosis	48
Desierto materno	49
Pan y cebolla	50
Barrio	51
Voces	52
Diálogo inconcluso	54

CREACIÓN

Cuando la oscuridad era mansa por saberse reina en el cosmos, cuando el silencio era un pentagrama en blanco y los recuerdos no tenían peso ni conciencia, en ese instante peligroso, ahí, cuando tu esencia o la mía, era una imagen quebrada del abismo, llegó a haber un Día 1.

Una lluvia de luz desgarró el telón como una boca desdentada. Un Día 2 rebotó con miles de gotas de agua que sufrieron una separación definitiva con sus hermanas de otras costas.

Y un Día 3 donde la vida emerge, verde, orgánica, espesa, con hierbas que se enredan en la corteza o se entrelazan exuberantes entre las rocas todavía calientes, enhebrando humo o vapor que es la furia dulce de lo que está naciendo.

Y el escenario se movía constantemente, con pestañeos esquizofrénicos, que llevaban de un abismo a otro.

Y un Día 4 despertó con lumbreras meditabundas ya sabiéndose estructuradas donde el sol, la luna y las estrellas firmaron su contratos por ciclos infinitos.

Y el Día 5 despertó con enjambres de almas vivientes ávidas de movimiento, de espacios y géneros. Con plumas, escamas, patas, tentáculos o garras se movían indecisas por la tierra, buscando ese otro que los ayudara a entender como era esto de ser alguien.

Y de pronto del barro emerge una sombra que duda entre reptar o gatear, pero las fuerzas de sus piernas la ponen erguida entre el mundo. La única hombra en su especie se levanta y después de una inspiración profunda, exhala por primera vez, desgarrando sus pulmones de aromas con un viento de preguntas.

Y allí queda parada, en la nada, mirando, escuchando, tocando su cuerpo de barro, pensando, dudando, temblando y su boca se agranda y su garganta todavía sana de sonidos emite un largo: ¿Por qué?.

Y en un instante donde los pájaros detuvieron su vuelo y las hojas se suicidaron en apresurados otoños, nacieron, dioses implacables, diminutos cofres de aire, las palabras y ya nada fue igual. Nunca.

HABLA

Fue el eco,
la brisa suave,
el temblor del tiempo en tu pelo,
el rugido cínico del vecino.
Todo fue y se encapsuló en una coma, Mara,
que se instaló en tu vientre
y fue la nurtura: ver tu figura doblarse ante una hormiga,
pelar una manzana con parsimonia
y dejar que la sombra te atravesara el pie izquierdo
para que no seas vos la que impongas la herencia de los ojos claros,
ni sea yo el que determine el apellido.
Dejaste todo abierto ante el mundo,
para que todos pasen y te dejen semillas,
te donen cartas, te regalen plumas
y el vientre crezca como luna llena.
Ahora, a dos monedas de que te rebeles,
y nos dejes sin aire, con los brazos llenos de preguntas,
ahora, Mara, te relego en la carrera de postas.
Es el momento de callar y de ver.



María recorre el departamento con la mirada. Evalúa, olfatea el ambiente.

Costumbres adquiridas por años de trabajo en tantas casas.

Es viernes, y sus fuerzas necesitan un empujón más para llegar al fin de semana.

Suele encontrarlo tarareando.

No se acostumbra a tanta tecnología incorporada en un hogar. Es increíble que le hable a un aparato. Dicen que es un holograma de última generación.

- *Buen día, María* - Un eco frío se esparce por las piezas.

Ella contesta por educación, por sumisión implantada hace generaciones.

- *Buen día, señor ¡Qué lindo día!*

Comienza por la cocina: la heladera, el horno eléctrico, la mesa de desayuno, la mesada, todo es acariciado, con esmero, con una rejilla empapada en lavandina de fino aroma.

Suena una melodía funcional que la acompaña en cada momento del trabajo.

Ese ritmo cadencioso, que a veces la traslada a su infancia, sin saber muy bien por qué, no le permite escuchar las voces, ni los ruidos de los habitantes de los departamentos vecinos.

El Señor dejó grabadas las instrucciones de la jornada:

- *Planchar las camisas y los pantalones.*
- *Repasar los muebles.*
- *Aspirar los pisos.*
- *Regar las plantas.*

¡Pobres plantas!, piensa María. Parecen ramilletes de plástico. Ni perfume tienen.

En cambio, las suyas, sus plantas, sus flores, las que la aguardan en su casa, le regalan el aroma de los sueños.

Rebusca en su cartera la bolsita de papel madera que trajo. La encuentra. Saca hojitas de albahaca y las reparte entre las toallas del baño.

Disimuladamente, deja entre los libros y discos de la biblioteca, flores de jazmín.

No cesa en su empeño de traer vida a este departamento aséptico.

El Señor regresará a las 20:00 hs.

María cocina un pollo asado, prepara ensaladas. Las horas pasan.

Percibe la tristeza que cada día envuelve al único habitante de la casa.

Esa cama tan prolija que no admite visitas desde hace meses. Se acuerda de las flores de lavanda que tiene en la cartera. Las esconde debajo del colchón.

Intenta suavizar este esquema de hiriente pulcritud y soledad en que se ha convertido este nido de cemento.

Ella sabe que su humus vital la mantiene viva, que por sus venas corren miles de esencias vegetales que le aceleran y resguardan el corazón.

“El humus de la memoria es el elemento fundante de la vida, sol interno para sobrevivir en estos tiempos”, medita María.

Seguirá luchando con su frágil ejército de perfumes y hojas caducas.

El holograma le desea buen viaje, pero antes de partir guarda en su bolso el listado de compras que realizará el lunes. Es la última voluntad del Señor de la casa.

*

PURIFICADOR MUSICAL

Hoy lo confirmaron: los doctores. “Esa mancha que veíamos a la derecha del corazón, entre sus costillas. Es cáncer”.

Así, seco, seis letras que, entrelazadas, me condenan.

Para la ciencia que etiqueta cada dolor esto es sinónimo de muerte.

Lo confirmaron hoy: los doctores.

Para mí, la receptora de los órganos que me dan la vida, que sé cómo luchan cada mañana, esto es otra cosa.

Pero, ¿hace cuánto tiempo que les vengo diciendo que dentro de mí hay algo?

A ver... Sí, más o menos 8 años que sentí por primera vez que ya no era la misma, que en mi pecho anidaba algo distinto.

Después, muy lentamente, fui comprendiendo que, de manera involuntaria, iba atrapando las pesadas, densas, mercuriales emociones de otros caminantes y las destilaba, aquí, entre el corazón y mis costillas.

Me convertí en un gran colador que recogía dolores ajenos, palabras calladas, esas injurias vergonzosas que decimos entre las sábanas, y luego las procesaba, no sé con qué mágica voluntad, en notas musicales.

Y eso que latía a contramano de mi corazón, que me dejaba exhausta y trémula, siguió creciendo.

Yo lo llamé el purificador musical.

Me hice radiografías, ecografías, análisis de sangre, sin pronunciar palabra, y nada raro se delataba en mi.

Los estudios invisibilizaban mi purificador, ahí, entre el corazón y las costillas. Y así pasaron los años.

Viajé mucho, conocí gente, traté de ser feliz sin sentir vergüenza. Ni propia ni ajena.

En el camino dejé vidalás, cuecas, zambas. Se me caían por la piel, enteras, a pedazos. Las notas musicales se reagrupaban, jugaban (descubrían que eran libres) y sé que el paisaje se fue tiñendo de colores y aromas más gratos. Nada me impide reconocerlo.

Ahora, cansada de caminar, dolorida, con un poco de fiebre ardiendo mis músculos por la mañana, igual sigo dilatando melodías.

No imagino un mañana, la ciencia no me ve en él.

El presente es la única ilusión habitable.

Sola, frente al espejo, palpo el purificador en mi pecho helado y allí lo siento, latiendo, latiendo...

La – Fa – tiendo.

Sol – Re – tiendo.

Si – Do – tiendo.

*

GALLUS, GALLUS DOMESTICUS

Gallus, gallus domesticus, ese es mi nombre, señores.

No pollo, gallo, ni gallito; ignorantes hombres que se alegran ante la vista de un simple huevo blanco y se disputan en el barrio por ser los dueños de la gallina más ponedora.

Si supieran que nuestra raza embelleció antiguos monumentos egipcios, que brindamos a Minerva y a Mercurio nuestros dones de vigilancia y valor, y en los escritos de Hipócrates figuramos enaltecidos...

Hoy, yo, el macho dominante de este gallinero, pavoneo mis plumas, reflejos dorados del sol, analizo el mañana de mis atareadas gallinas y presiento cambios en el aire del sur.

Ya se acerca la negra Tomasa a limpiar mi refugio, los rincones en los que mis espuelas encuentran sosiego cuando la luna impone velo fantasmal a todo. La escucho cantar su zamba de negros y me emociona su simpleza y su andar oscilante.

Si pudieras, negra Tomasa, tener el coraje de mi raza, no bajar la cabeza, no acatar órdenes, pisar fuerte en tu vida, si pudieras gritar, cacarear a todos los vientos tu libertad plena.

No escuches al ama de la casa, mujer ignorante con riquezas.

Escapa, vuela. Te dejo mis plumas. Mis espuelas.

Cacarea a todo los vientos tu libertad plena.

Te lo ordeno

*

Sentada en un banco de madera Sakineh recuerda el frío que la envolvió pero no la purificó.

Hace tantos años.

Y todavía escucha sus gritos perforando la tarde, después del río revoltoso y turbio que corrió por sus piernas abarcando la cama, la pieza, el barrio, el mundo.

Sus ojos morenos se pierden en el horizonte y sólo ella ve a una niña con trenzas que, refugiada en la copa de los árboles, se protege con ramas y hojas, de la feroz cuchilla. Pero sus manos se humedecen, su piel se tensa y siente en sus pies un líquido espeso que hunde sus dedos en un torrente escarlata.

La corriente crece, se expande soberana; entonces a su niña de soles la embarca en un cascarón intocado que navega el río buscando la otra orilla donde mujeres con cuerpos intactos y lunas en la mirada, la esperan para protegerla de navajas asesinas, cuchillos impacientes y dogmas ancestrales.

Soplan con fuerza, Sakineh, tus pulmones y los míos, para que el minúsculo cascarón remonte la corriente. En nuestras miradas el parlamento es claro: Estamos decididas a seguir luchando, desgarrando la indiferencia de los hombres, el pacto de silencio de nuestras madres, que no lucharon, que no gritaron, que no pidieron, que no desearon.

** Sakineh Mohammadi Ashtiani nacida en 1967 es una mujer iraní, madre de dos hijos. En el año 2006 se le impuso el castigo de noventa y nueve latigazos por adulterio. En 2007 fue condenada a morir en la horca por el supuesto asesinato de su marido. Su caso se ha dado a conocer por la acción de organizaciones de defensa de los derechos humanos. Tanto su abogado, que ha sido exiliado en Noruega, como las organizaciones de derechos humanos consideran que esa confesión fue forzada. Amnistía Internacional ha iniciado una campaña para evitar su muerte.*

Y seguiremos soplando, dejando salir de nuestros pulmones consignas de viento, truenos de dolor; mientras de nuestros dedos nacen granizos, caricias que no fueron, esquirlas de hielo que tiraremos al río para producir olas de amor que acerquen nuestro cascarón a la otra orilla.

Así, Sakineh, así... Aferra a tu niña, bésala suave en la frente, cántale una nana y después piérdete en la tarde. Poderosa en tu huida que va hacia el encuentro. Hace tantos años.

*

MI CÍRCULO PERFECTO

Mi círculo es perfecto, absoluto, programado. Se desliza suave en el tiempo según mi voluntad.

No hay nada que se escape de mi control.

El día primero lo dibujé estelar, con un trazo firme, sin temblores en mi mano.

El segundo delineé el radio, la distancia que tendría entre mi punto central, la esencia misma de esta esfera, y cualquier otro ser que se deslizara por la circunferencia que, por lo tanto, sería infinita, múltiple en sus obstáculos para llegar a mi centro.

El día tercero determiné el diámetro, aquí demostré compasión, empatía, para estos tristes puntos polvo que solo permito existir en nombre de mi amor perfecto.

Los días siguientes, los más creativos, tracé cuerdas horizontales, en ellas irían las horas, con sus minutos. Magistrales barrotes.

Después, en otra cuerda más resistente, empecé a determinar los problemas comunes a todos estos puntos polvo: dolores en la piel, recuerdos punzantes, la muerte siempre auténtica, trabajos que no llegan, amores que se escapan, resentimientos, tristezas, injusticias, el dinero como trampa y más, mucho más. ¿Cómo ser breve en la infamia? Esta misión me llevó muchas energías. Y todavía hoy sigo ensayando nuevos contratiempos.

En otra cuerda todavía horizontal, para igualar tanto tedio, bosquejé las victorias, algunas sublimes como las grandes pasiones, otras transparentes como esas miradas de los niños cuando alguien se les acerca danzando; el amor en todas sus facetas, la paciencia en pequeñas dosis, las palabras todas, la música, las artes, las risas contagiosas, los abrazos del alma, el fluir aguerrido de las lealtades.

El trabajo, en esta instancia, fue descanso.

Al quinto día fue tiempo de pasar a las cuerdas verticales.

La primera, palpitante, voraz, rígida, polisémica, se llevó la primera mujer-punto hacia la brusca cerrazón del olvido, luego le siguieron, sin orden ni jerarquía, valientes guerreros, indefensos niños, amas de casa con rulos, algún déspota a la sombra, ancianos arrugados como raíces, nativos orgullosos de su sangre, piratas de un solo ojo, prince-

sas de cuentos de hadas, estudiantes con flequillo, soldados con frío, muchedumbres dominadas, esposos hervidos en sus propios celos, científicos transparentes.

La lista es casi infinita. Mi creatividad, incuestionable.

Y así mi reloj interno marcó la llegada del séptimo día. Era momento de descansar. Pero antes:

La niña incauta en un determinado lugar de su giro tropieza con una hora cualquiera, traspasa su camino programado, y así encuentra el amor en otros ojos, y se llena de poesía; o quizás aquel hombre, cansado de vivir en vano, en un instante pleno, choca con la hora trágica que lo lleva a escribir su última carta; o, tal vez, la joven esclava, de caderas perfectas, corre a su libertad en un minuto de monstruosa decencia.

Todo es posible en este teatro perfecto, y lo más curioso es que todos estos pobres puntos polvo me buscan en su andar eterno, me llaman, me invocan, me necesitan y yo, el punto omnipotente de esta esfera celestial, equidistante de cualquier destino, me escondo entre sotanas manchadas, entre libros con letras bailarinas, en murmullos que se lleva el viento, y en ese instante, el círculo se abre a la historia: trilladora de emociones.

PALABRAS

Juan busca, cuida y recela las palabras. Por este motivo todas las mañanas pasea por el barrio en su bicicleta.

Los vecinos ya conocen el recorrido: dos cuadras en contramano y otras tres por la Avenida hasta llegar a la plaza Moreno.

Allí se detiene, deja su bicicleta y comienza a caminar por las veredas.

Con la cabeza baja, las manos en los bolsillos, Juan persigue ocultos tesoros, en la oscura transparencia cotidiana.

Entre hojas de otoño encuentra las primeras riquezas: palabras que le sonrían desde papeles arrugados: de golosinas, de cigarrillos; propagandas de supermercados o de alguna mueblería o tienda del centro.

Allí hay poesía en bancarrota. Ahora llega su cariño redentor a donar dignidad en su detalle.

Las levanta, las acaricia, las dobla cuidadosamente y las va guardando en sus bolsillos. Ahora su rostro está más transparente porque sabe que será un día de suerte.

Busca la bicicleta y se aleja del barrio pedaleando entre calles que le duelen en el recuerdo.

Se detiene cuando llega frente al Colegio Industrial, en su enorme paredón lateral observa un nuevo graffiti. Inédito en su colección de palabras sueltas.

Anota el texto y se aleja repitiendo el nuevo mantra.

Ya en la tarde regresa a su casa, con los periódicos que encontró, con restos de sachet de leche, envoltorios de galletitas, fideos o algún aviso de nuevos negocios.

Para Juan el sentido de cada día está en el instante en que se baja de su bicicleta casi perdiendo el equilibrio, cargado de tesoros y, temblando de impaciente ternura, se mete en su casa.

Ahora comienza la verdadera tarea.

Recorta las palabras, las analiza, deletreando suavemente y con rara cadencia, las va agrupando según el tamaño de las letras, la musicalidad, o los rostros que ve en cada sílaba.

Las olfatea, las toca, las retiene y, ya más calmo, comienza a escribir. Escribe para escapar de la cárcel de su vida. Cada palabra encontrada le ayuda a construir otras vidas y así desmarcarse de sus odios y sombras.

Cuando su mano comienza a deslizarse por el papel es porque alguien le dicta desde sus entrañas. A veces es una voz espiralada que lo confunde, en otras ocasiones son murmullos apagados que lo adormecen, abismales en plena superficie.

Las horas pasan. Ya la luna se cansa de su belleza, cuando Juan, acompañado de sus fantasmas, decide poner el punto final.

Todas las palabras fueron usadas, recicladas; se salvaron del olvido, de ser pisoteadas o quemadas, por fuego o humillación de indiferencia.

Por unas horas los sueños de Juan serán imágenes entrecortadas, sin sonido, un film en blanco y negro que se mueve bajo sus párpados, buscando la mañana.

*

GARZA ES MI PENA

Sola en la sala busco el norte entre tanta gente. Acostumbrada a los rituales, picoteo caracolas resentidas del plato, mientras mis manos anudan las preguntas que lastiman.

Impaciente, trato de formar una sogá de palabras que me ate a la vida. Los invitados murmuran, bailan, gritan y la noche se instala pesada en la ventana.

Y yo en mi nido de juncos empollo huevos de lana, acuno hebras de humo intentando ser una madre garza.

Estrujo mis alas buscando soledades y ellas caen, plomizas, al suelo.

Garza es mi pena, esbelta y negra garza, y nadie ve mis patas quebradas, mis plumas transparentes, mis alas cansadas.

RESFRÍO

Comenzó el jueves por la tarde. Un cansancio general en mi cuerpo y en cada fosa nasal acumulada la presión de un río por llegar al mar.

Los ojos llorosos y esa picazón constante de pequeñas agujas en mi garganta no me daban tregua.

Los consejos de mi abuela, tan suaves y lejanos, me llegaban en cada estornudo: “No salgas con el pelo recién lavado”. “Abrigáte, nena”. “No te olvides la campera”. “No andes descalza”.

Pero esta vez, abuela, no violé ningún precepto tuyo e igual mi nariz resquebrajada, mi cabeza galopante y esa lluvia en mi garganta.

Tus tecitos de limón y miel, abuela, no me calman; las naranjas y mandarinas, desgajadas por la casa; las pastillas descongestivas, los jarabes y vitaminas se rebelan en mi cuerpo y se acumulan en la cama.

Esta vez no fue un terrible virus el que invadió mi alma.

La causa es más simple, fue tu ausencia prolongada, mi alergia a tus explicaciones vagas y esa barrera de silencios que fuimos construyendo de común acuerdo.

Una semana ya pasó, la noche tiritaba en el pantano cuando decidimos repensar nuestros juegos y cada una se fue, con el corazón en la mano y un malestar en la garganta, hacia otras sendas, con un temblor en el calendario y un resfrío en el alma.

Elías se acomoda las gafas tratando, en ese gesto casual, de trampear al tiempo. Los informados hablarán de neurosis, los románticos de invocación al sortilegio: mientras tanto, la imagen de una joven chaqueña sube en sus recuerdos y se acomoda tranquilamente junto a la anciana que, ahora, lo mira sonriendo.

Nunca fue bueno reteniendo nombres. Se confunde con los apellidos, los da vuelta, los recorta y rearma, forman otras familias, otros destinos, nacidos y muertos se mezclan en un mismo aliento. Sabe que su derrota ya está escrita y firmada antes de pronunciar la tímida pregunta:

¿Usted es la señora?...

Se sonroja, busca un pañuelo en su bolsillo. Sus dedos revuelven, se agolpan y refriegan contra un ejército de talismanes que guarda por si acaso. Palpa botones, papeles, dos pastillas de menta, un lápiz, monedas y más papeles. Encuentra el pañuelo, lo saca a la luz y se seca el rostro empapado por el sudor, agrietado de dudas. Inútil el esfuerzo.

Las gotas de sudor vuelven a reventar en sus hombros.

Se guarda el pañuelo en la manga de su camisa.

Saca los papeles del bolsillo para distraer su mente (oh, implacable tirana) mientras el tren avanza, imperturbable, hacia el mar.

Acomoda las notas arrugadas.

Son tres. Las tomó apresurado en su casa. De pie. Junto a la mesada, antes de partir. Conoce su escritura, tan encimada, como si las letras tuvieran frío y fuera necesario abrazarse, estrecharse para que la tinta no hiele.

Lee despacio: *David Borgobo.*

Calle La Pampa 834.

Mar del Plata.

Mientras entona este epitafio en vida, un rostro aparece tras el cristal de la ventanilla, flotando en el aire, eclipse de color chispeando tras el vidrio. Es aire. Pero duele.

El otro papel tiene una fecha: 15/9/1940.

Es su alarma silenciosa para no olvidarse del cumpleaños de su hijo David: Serio, estructurado, dudando de todos, callado con su sombra. Hombre de paredes y de escasos soles en su espalda. Ese es su hijo.

Es 17 de Septiembre, es decir, está llegando con dos días de retraso. La alarma, como todo, no está exenta de ser olvidada. Lo hecho para recordar fue olvidado: Parece la sentencia de un dios. No es más que una breve descripción de cotidianidades.

Cuando Marta vivía todo era mucho más fácil.

Ella no olvidaba.

Infalible, armaba su agenda, le recordaba las fechas, anticipaba visitas. Atenuaba con previsión la barbarie del tiempo. Desde que ella se fue, sus días son un reloj enloquecido.

Otra vez su mente se llena de su hijo. Hace dos días cumplió 38 años y pareciera que fue ayer cuando Marta le anunció por teléfono que estaba embarazada.

No recuerda la fecha exacta de la noticia. "Tristes huella las fechas". Lo que sí recuerda era que estaba en el Chaco, en su primer viaje comercial enviado por la empresa, en busca de nuevas inversiones.

Llevaban pocos meses de casados cuando se enteró que debía viajar al norte chaqueño por un tiempo prolongado.

Marta lo animaba a emprender el viaje.

"Voy a estar bien", "Es por nuestro futuro", "Andá, Elías son oportunidades"...

Fue el primer fin de año que pasaron separados.

Nació 1940 y Elías no dudaba de su buena suerte.

En la otra nota había escrito “Embarazo”, y mientras el tren se desliza silencioso se pregunta otra vez que quiso decir.

Busca el lápiz y anota en la esquina de su ayuda memoria:

9 meses = embarazo

En el renglón siguiente escribe:

9 X 30 días = 270 días más o menos.

Marta hace ya 38 años.

Marta y su panza, piensa.

David nació el 15 de septiembre. Reordena letras.

Marta y su embarazo, 270 días hacia atrás, o sea 9 meses. Hacia atrás.

Elías llega a una estación. Mira en la ventanilla y alcanza a leer “Coronel Vidal”. Está cerca de Mar del Plata.

Está cerca de gestar otra vez a su hijo, piensa sonriendo. Sigue con su suma hacia el pasado.

Marta 9 meses. Él, 9 meses, hacia el olvido. ¿Dónde estaba?

Su tren particular del recuerdo avanza despacio hacia 1940 pero no se detiene en esa estación. Sigue a su ritmo y recién en la parada 1939 se escucha el silbido del guarda anunciando la llegada. Elías se para, acomoda el saco, reordena sus bolsillos y a paso cansino baja del andén.

Un aire viscoso le golpea la cara y lo obliga a leer el letrero oxidado que dice: “Bienvenido al Chaco”.

Sus piernas tiemblan, busca un apoyo, una cara amiga que lo guíe unos metros hasta el guarda más cercano; pero sus ojos solo ven una cuna blanca en medio de las vías.

Justo en la vejez. Es lógico. Encontrar la solución al cálculo que lo golpeo durante años.

Las matemáticas no fallan, murmura. Su... nunca se unió al... En esa asociación mágica que es la vida.

Esa es la respuesta que nunca se animó a gritar, y hoy, ya gastado y ojeroso, en unas vías del tiempo una criatura lo mira implorando perdón.

Qué importa. Hoy cenaran juntos y obtendrán de la noche un silencio ideal para confesarse derrotas, haciéndose mutuamente invencibles. Baja del tren real. Abraza a su hijo, se sostienen unos minutos y después caminan, abrazados, y se pierden entre la muchedumbre, en una hermosa mañana de septiembre.

*

MONÓLOGO DE LA CAJERA

Un rayo de sol atraviesa la reja, me besa la mano. En silencio, pausadamente, la larga fila sin rostros, sin nombres, avanza hacia mí: 1 litro de leche, 2 kg de pan; harina, 2 paquetes; lavandina, 1 litro; 3 cebollas, con mi cara quiero ganarle a la máquina. Calculo, pienso: \$ 139,75. Miro el ticket: \$ 142,40. Perdí otra vez.

– *Sí, señor, \$142,40- ¿Tiene cambio?. Gracias.*

Cuatro monedas gastadas, frías, pasan por mis dedos.

-Adiós. ¿Quién sigue?

La fila se estira, otra vez lo mismo, todos los días, todos los meses del año. Yo soy parte del paisaje, no siento frío ni calor. Vivo en una silla. Y, quizás, tenés, razón. Me dijiste: “Vivís en tu mundo, el amor es otra cosa”.

Quizás no se escuchar, quizás no se hablar.

– *Sí, \$416,70. ¿Con tarjeta? Muy bien. Su DNI por favor. Ingrese su clave.*

Los números, otra vez, ordenados, perfectos, correctos, se trasladan, viajan, se mueven, tienen vida, se transforman, me rodean y yo me mimetizo con ellos.

Pienso en números:

Tu amor 1

Mi dolor 2

Tu tristeza 1

La fila se achica. ¡Por fin! Una pausa. Tu juicio, quizás, es real: Soy fría, distante, una máquina que camina. Ya me salen tickets de los dedos; mi cerebro, una pantalla; mi boca, la caja; mis ojos... ¡Sí, con lágrimas! ¿Las ves? ¿Ves que lloro, que no soy fría, insensible?

Me siento mal ¡Andrea! ¿Puedo ir al baño? ¿En 15 minutos? ¡Tengo que ir YA! Me callo, la lengua me duele, la muerdo para no gritar.

2 jabones sin perfumes,

1 rollo de cocina mojado,

1 paquete de salchichas vencidas,

Azúcar 1 kg, amarga.

-Si todo \$148,70... Con cambio, por favor. No, no estoy llorando, es una pelusa...

RELOJES DE PLUMA

Desde el cielo los pájaros nos miran con asombro. Cómo caminamos en círculos. Cronometrados.

Hace tiempo que las aves no recurren a su instinto para iniciar sus vuelos al sur, se guían en cambio, por la conducta humana.

Vuelos al sur. A buscar parejas. Esperan las rutinas calcadas de hombres y mujeres para empezar a construir sus nidos.

No lo notamos, por supuesto, pero nuestras acciones, arena predecible y mansa en su locura, han convertido, nos han convertido, en un reloj universal, que delimita las esperas, los encuentros y los olvidos.

Por ejemplo, Juan sin plumas, ya sabe antes que nadie si son las 5 o las 4:40 hs. Tiene esa habilidad para intuir su yugo.

Su cuerpo palpa las agujas y ya de un salto está en el baño, repitiendo la danza de dientes que no rabian, de cabellos escasos que van al peine.

Su traje de peón de obras, pegado a su piel. Migración diaria a la rutina.

Con los minutos contados toma su mochila, deja besos en la mesa de la cocina para sus hijos. Y un reproche pegado en la heladera. Que solo ella entenderá. Sólo ella. Sus pasos, manecillas que marchan indiferentes, lo llevan a la estación del tren. 5:52 hs, ni una pluma más, ni una pluma menos. Sube con la marea al vagón 16 y se pierde en la neblina.

En el último asiento descansa un tiempo y eleva un grito que atraviesa cristales, cuadras y murallas.

Ana, paloma esquiva de la vida, de una sacudida seca en su espalda, escucha un grito que la llama.

Son las 6:00 hs de la mañana.

Se levanta autónoma, revisa la casa, distribuye notas, acomoda esperanzas. En la cama quedan, en dulce demora, sus sueños de mujer joven, sus suspiros escondidos en la almohada. Se despide de los suyos. Y con una lágrima se presenta al sol.

Sus pasos apurados dejaron el mate amargo sin besar en la cocina.
Otro día de corridas, otro colectivo que escapa.
Ana sabe que hoy debe trabajar duro, repetir palabras que ya no son
suyas, limpiar ventanas, lavar ropas de otros, cocinar y esperar.

Rumbo a la casa de su señor, en un asiento vacío del colectivo, Ana
descubre una pluma que recoge con cuidado y guarda en su bolso.
De ese pequeño gesto, que se agranda y se convierte en un mar de
dudas, nadie escapa en las mañanas.
Sólo los pájaros siguen inmunes, mirando desde los árboles, a los relo-
jes de arena que gotean escamas.

*

FUERTEALMA

alma se fuerte.
respira, oxigena tus pulmones,
renueva tus pesados libretos.
mastica alma hambrienta
amargos recuerdos.
roe y deglute húmedos alfabetos.
absorbe paisajes de desteñidos colores.
retén esquinas, nubes, girasoles
de aquellas pupilas que descubres.
no calles, no detengas tus pasos
AlmaElisa ElisaAlma,
llegaremos a tiempo ten calma.

POESÍA EN EL SUPERMERCADO CHINO

Dos noches de insomnio ya, borrando la luna de sus cuencas oscuras, dibujando en las paredes de su cuarto niñas sin cabezas, árboles resfriados de amores, espejos goteando mercurio, sueldos de huesos en las arcas de los recientes olvidados.

En ayuno de todo, de sus soledades más recientes y de los alimentos que quedaron varados en la casa de sus amigos, Alejandra decide por fin llegarse hasta el supermercado chino del barrio.

Arrastra los pies entre las góndolas. Su chango se llena de café en saquitos, botellas de whisky que tintinean una sonata solo para ella.

Llegando a la verdulería una voz rasposa, de tapir enflamecido, le llama la atención y pone todo su ser en la escucha:

***“...en delicado
papel, sales del suelo
eterna, intacta, pura...”***

La voz se detiene. Alejandra avanza con su canoa de alambres y descubre a un hombre, ni alto ni bajo, no importa si es viejo o joven, solo retiene su voz, sus palabras que como estrellas le inspiran confianza y sus manos, bellas, frescas, sanadoras.

Esas manos rodean una cebolla a quien el hombre le habla, le susurra, le suplica otra vez:

***“...sales del suelo,
eterna, intacta, pura
como semilla...”***

Se detiene. Impone un silencio de maquetas que nadie osa quebrar. Solo Alejandra carraspea:

- *Perdón, caballero, ¿Le puedo hablar a la cebolla?*

Usted dijo:

***“...sales del suelo,
eterna, intacta, pura,
como semilla...”***

Si me permite sumar:

***“como semilla de astro
y al cortarte
el cuchillo en la cocina***

**sube la única lágrima
sin pena...**

Se miran. La cebolla sigue en la mano del hombre.

- *Gracias, Señorita por sus palabras. Es verdad, es la única lágrima sin pena que derramamos. ¿Le gusta la poesía?*

- *Respiro poesía. Mire, acá en mis bolsillos tengo cientos de papelitos donde anoto mis plegarias.*

Revuelve esos bolsillos ajados y saca una nota.

- *Aquí, si me permite, escribí:*

“...Yo oculto clavos

para escarnecer a mis sueños enfermos.

Afuera hay sol.

Yo me visto de cenizas...”

Me llamo Alejandra. Vivo acá cerca. Escribo insegura. Mis amigos me dicen que crezca, que enfrente la vida y yo tiemblo ante el espejo.

- *Querida Alejandra, un gusto encontrarla en esta verdulería donde los aromas de la naturaleza nos dan la bienvenida. Me llamo Pablo. Estoy de paso por su tierra. Un amigo me hospeda en el barrio. Me mandó a hacer unas compras y cuando me acerqué a la verdulería cumpliendo con el pedido de llevar 1 kilo de papas, me quedé ensimismado con esta cebolla. Y usted me ayudado a darle forma a estos pensamientos.*

Su poesía Alejandra es muy sentida, me quedarán grabadas sus palabras:

“...Afuera hay sol.

Yo me visto de cenizas...”

- *Gracias, Pablo. La muerte, las cenizas, la ausencia y los pájaros son mis recurrentes amigos a la hora de escribir. Me aúllan de noche, me seducen con sus cantos.*

Arrastran juntos sus changos, parecen dos carabelas en un mar de preguntas. Callados esperan su turno para pagar.

Pablo se queda viajando en el cabello renegrado de la cajera asiática. Ya sus ojos dibujan una oda en ellos.

Alejandra, en cambio, solo ve los dedos de la trabajadora que traslada los objetos y que en cada movimiento se van desprendiendo de la piel que los contiene.

Afuera, la noche indiferente fabrica bruma ocultando la columna que

sostiene el cartel del supermercado chino.
Entonces el cartel parece flotar, allá en lo alto.
Al salir a la calle, Pablo lo mira y ve súbita libertad.
Alejandra, en cambio, abismos tejidos en lo alto.
Ambos celebran la bruma, a diferentes alturas, a mismas intensidades.

CULTRUQUIN

Pequeño cultruquín que me abarcas toda,
amo absoluto de mi matriz dichosa.
Tus replanitos rítmicos tienen eco en mis costillas
y sombras en mi piel.
Pequeño cultruquín,
te recorro todo con mis salpas cansadas,
imaginando tu rostro, tus preguntas de lana.
Tu camino en la luna absorbiendo mis pasos.
Tu humilde catástrofe de despedidas por las que nadie tiembla.
Pequeño Cultruquín,
de las heladas indiferencias,
amo absoluto de mi matriz dichosa.

ALQUILER

A 45 días del vencimiento del contrato de alquiler del departamento, mi cabeza es un laberinto de inmobiliarias, carteles, teléfonos, vuelos rasantes de horca mercantil.

Por la casa se amontonan las bolsas de ropa, las pilas de libros, impacientes, en la espera de una nueva morada.

Repaso los listados de precios y con la calculadora en la mano imagino como llegar a fin de mes.

Es en vano, no puedo estirar el sueldo, no puedo achicar el estómago, no puedo, ya, postergar las ilusiones más delicadas, las más imperiales, de mi alma, en 2, 3, o 4 años más. No puedo, no debo.

Cansada de caminar en círculos en la futura ex – cocina, me acomodo en la silla, herencia del abuelo, a releer el libro que ayer me regalé, en plena miseria. En pleno futuro llorón, de rodillas peladas por el mercado titán perverso. Esas son conquistas. Me obligo a viajar en nuevas aventuras para escapar a la angustia con fecha de vencimiento.

Recorro las letras, no atrapo al personaje, se me escapan los capítulos, divago en calles del barrio, hasta que encuentro al margen de la hoja del índice el siguiente comentario, en elástica tinta:

Si estás buscando alquilar te ofrecemos un Departamento con todos los servicios.

Requisitos:

- * **Contar con 100 libros como mínimo en tu Biblioteca.**
- * **Amar las estrellas y las sombras.**
- * **Cantar bajito por las mañanas.**
- * **Saltar las baldosas rotas de dos en dos.**
- * **Mirar a los ojos a todos los seres.**

Dirección: Ituzaingó 510.

Horario de visitas solo de 22:16 a 23:03 hs.

Vuelvo a leer el anuncio dudando, agitada entre la ilusión de que todo sea cierto y el temor a una broma pesada de algún chistoso.

Por las dudas, desarmo la pirámide de libros y los cuento: 129 amores
¡Qué alivio!

Del resto de los requisitos, solo me basta practicar en el patio el salto con gracia de las baldosas cansadas.

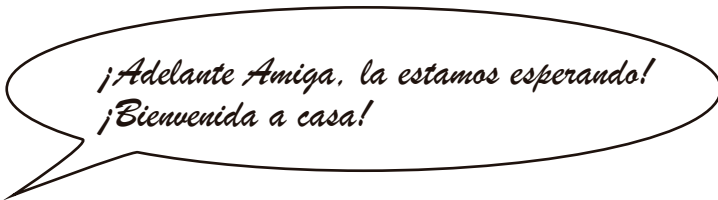
Miro el reloj; son las 21:50.

Saltando por la vereda, haciendo equilibrio con los libros que llevo en las manos, me alejo del barrio; arrobada de luna, de hogar por abrigarme. Llego a la calle Ituzaingó, recorro los números.

Ansiedad.

La altura 510 es una pared pintada con cuadros blancos y negros, con una puerta dibujada en el centro. Me acerco, la toco. Es de madera y al tacto se sienten historias de bosques y montañas.

La luna imperturbable desde el tanque del agua me ilumina esta viñeta imponente:



Son las 22:16 hs, la puerta se entreabre, crujen margaritas y mi corazón anhela ese perfume.

*

MUSEO DE LOS DESPOJOS COTIDIANOS

Mi Museo de los Despojos Cotidianos todavía no figura en ninguna guía de turismo, ni se destaca en los ranking de los mejores recintos del saber de la zona.

Pero para mi humilde ser es el único refugio que serena mi alma.

Por eso, amigos de las letras, los invito a recorrer este espacio de despojos.

Es mi tempestad donada a la advertencia. Es la belleza al servicio del desastre. Pasen. Pasen

En la sala principal, junto a una pirámide de libros que pretenden llevarse todas las miradas, se encuentran ordenadas las botellas de cristal que guardan mis lágrimas derramadas. Allí se mezclan esperas en vano, broncas dilatadas. Ejércitos de reproches.

Frente a la ventana, iluminadas por los rayos del sol, merodean en el piso las uñas roídas, masticadas, pobres semillas que buscan echar raíces en este espacio anclado en cemento.

Más allá, vean, formando un colchón se enredan todos los cabellos que han perdido sus batallas. Se entremezclan, se abrazan y construyen una red que me sostiene cuando mis piernas se cansan.

De los despojos vivientes en cajas de madera miles de coágulos luchan por escaparse a un destino que respire vida. No los esperaban ver, pero son necesarios.

Junto a la puerta, pegados, imantados en resignación, los minutos perdidos en charlas vanas se mimetizan en el silencio cómplice que envuelve la sala.

Un río de orines, tumultuoso a veces, recorre el museo en zigzagueantes lazos y pequeñas rocas defecadas y olorosas irrumpen cada tanto su paso.

Mi pequeño museo de despojos diarios crece en esculturas de dientes de leche, de muelas picadas.

En las paredes cuelgan agendas rayadas, cartas sin destino, que se dejan bambolear por los vientos del ayer. Las visitas son escasas. Cada uno construye sus propios refugio, y entiendo que es difícil navegar por

otros ajenos. Por eso agradezco el tiempo que dispusieron para este recorrido. Dejen su firma, si son tan amables.

*

MOSCA ENAMORADA

Vuelo libre en los medio días, cuando los aromas de la cocina se intensifican.

Practico danzas aéreas interminables.

Revoloteo por el florero y mis patitas acarician las rosas ajadas, hastiadas ya de ser el centro de las miradas.

Soy una mosca adulta, creo tener 20 días de vida. Mis piezas bucales están un poco desgastadas y me cuesta más tiempo y esfuerzo ascender por la heladera hasta su cumbre imponente. Pero todo esfuerzo vale la pena y nadie puede discutirme la imponencia de mi reino.

Por las noches, mientras los habitantes de la casa descansan, me gusta refugiarme en las cortinas azules de la ventana. Y desde allí mirar la luna.

Mis decenas de ojos captan su lánguida tristeza, su luminosidad esquiva, y guardo su silencio en mis alitas, como quién roba su secreto a la maravilla.

Soy un insecto pensante, sé que no me quedan muchos revoloteos en mi haber, sé que mi amada mosca se esconde en la habitación de los niños, indiferente a mis zumbidos impetuosos, ardidos por el tiempo que me apunta su transparencia afilada.

No exijo, no grito su nombre entre estas paredes blancas que me delatan. Solo, sin miedo a la muerte, con mi reino mínimo, ilusorio y breve, renuevo el vuelo, en la espera de su amor. Sólo el heroísmo es posible a esta altura.

SIEMPRE HASTA PRONTO

En el país de los signos ortográficos
todos son amables y considerados.

Se respetan en los capítulos que transitan.

Alaban a las negritas y puntos suspensivos por sus osadías.

No se perciben engaños literarios ni apatías burguesas.

Se disimulan los rencores y se tapan los plagios.

Nadia habla de las soledades que enfrían los libros en los estantes.

¿Por qué desenmascarar semejante realidad que lastima a todos?

¿A quién le podrá importar la ola de suicidios de los puntos aparte?

Allí todo es prolijo, elegante;

si se dejan ver las costuras es por pura consciencia.

Nada se deshilacha sin consentimiento de la trama.

No olvidaré tu rostro, querido lector,

su puntuación

en tránsito

hacia la página en blanco.

ANTICORTAZAR

Pelo entrecano, con barba de varios días. Con esa costumbre de arrastrar las erres que ha llevado a muchos a pensar que quiere imitar a Cortázar.

¡Tan luego él! Que en toda su vida apenas si ha leído unos pocos libros y que de mundos fantásticos y de poesía no entiende ni sabe que no entiende. Al menos en el plano comprobable. (¡Dios nos libre de aplanar el misterio!)

Callado, amigo de todos los gatos del vecindario, que ven en sus largas piernas un lugar ideal para arremolinarse, entrelazarse y ronronear. Su vida es lenta vacilación, cansino vagar por sus rutinas. Asceta en el centro del enjambre.

Vive en el cuarto piso de un viejo edificio céntrico.

Su ventana da justo a la calle y desde allí, cada día, observa, al caer la noche, el desfile de personajes que conforman su: "Aires Buenos", la ciudad a medida de sus humildes fantasías. Fantasías que en vez de expansión son contracción, reducción de los detalles para calma de las pupilas. Y del corazón chicoteado por la mente y sus percepciones.

Solo, entre nubes de tabaco y las lastimosas notas que se escapan de un descacharrado equipo de música, rumoreando, otra vez, su monólogo diario, su rezo inmanente, con el cartonero que trajina su cansancio en la vereda.

Una solidaridad manca le ilumina el hastío.

Comienza a llover, las gotas salpican su ventana, retiene la imagen del hombre ecológico que apura su trabajo mientras las acuosas damas desdibujan su ventana sin cortinas.

Ellas no se suicidan apenas si enturbian las pupilas que miran el vidrio inundado.

EL ÚLTIMO ARBOL

Cansado, deshojado de esperanzas, así amanecí hoy al escuchar la sierra que avanza presurosa a mi encuentro.

Hace unas semanas comenzaron a emigrar de mi copa los pájaros y las mariposas. Con razón.

Ellos ya sabían que el fin se aproximaba. No me presté atención a mi mismo. A la parte más sabia de mi savia. A ese trueno que estalla en un silencio que es la suma de todas las respuestas.

Pero...¿qué podía hacer?... Si mis pies están anclados. Me devuelven, sin tocar, las órdenes cuando les digo que es mejor marcharse. Ellos, venas esparcidas en el subsuelo, empecinados ancestrales, no creen en la maldad del hombre. En su hambre sin hambre. En su sed sin sed. En su padre fantasma que les pide siempre más y no les da tregua ni siquiera en el último de los sacrificios.

Se escucha el crujido de los metales, el eco abombado de mis hermanos, que caen de espalda, siempre mirando al sol.

¿Quién escuchará nuestros lamentos quebrados de humus y bosque?.

¿Nuestro grito cursi y desalineado por plañidera lírica?

Mis hojas opacadas, translúcidas, mis amadas hojas, escapan de mis dedos raquíuticos.

Mis ramas, ya cansadas de pedir clemencia al cosmos, se resquebrajan, se desintegran, y se vierten, sin pasado, al viento seco de la tarde.

Y ahora, este silencio que precede a mi muerte. Lo huelo. No puedo escapar. No puedo arañarte ni masticar tu hombría de metales.

Pero te maldigo, pequeño hombre.

Maldigo tu egoísmo, tu simiente sin futuro, tus ojos acostumbrados a los grises.

Maldigo tu oxígeno, tu alimento, tus recuerdos.

Se escucha el crujido de la sierra, su murmullo de diablo en éxtasis, insaciable.

Miro el cielo sin parpadear. Mi último recuerdo será un rayo de sol atravesando mi columna vegetal. Moneda de luz guardada para nadie.

MAÑANAS SIN ARENA

“Punto final a nuestra historia”. Así reza el texto en la ventana.

Todavía dudo entre leer deteniéndome en cada sílaba o sumarle vocales a cada palabra para encontrar otro sentido a tu mensaje.

Olfateo la O para buscar el origen de nuestro desencuentro, palpo la F para asegurarme que es cierto nuestro fin.

Me siento mareada, con la garganta seca de rencores, amargos como una yesca de ruda, sin saber todavía qué decisión tomar. Despacio recorro la casa. La luz, asustada por mis gritos, ilumina tenuemente las esquinas de los cuartos.

Entre ahogos por tu partida, entre rechinar de dientes por tu cobardía, decido que es urgente limpiar la casa, arrasarla de tu presencia.

Abro las ventanas del dormitorio. La cortina se bambolea indecisa entre los recuerdos y los reclamos. Tiro las sábanas pegoteadas de lágrimas mía, de tus celos rectangulares.

Golpeo el colchón treinta y tres veces, una vez por cada mentira tuya, que yo consentí creyéndome más sabia.

En las esquinas de las paredes, tribus de telarañas me miran asustadas previendo que su mañana será un revoltijo de patas y sedas rasgadas.

Con la escoba comienzo a barrer el cuarto.

Lentamente aparecen miles de granos de arena. Los junto en pequeños montículos que voy sacando a la vereda. Entre los veladores despego tus silencios plumizos que se fueron mimetizando con las paredes.

Me duele la espalda de cargar baldes de arena que ahora aparecen detrás del ropero. Tiro toda tu ropa, tu calzado de beduino, tus túnicas de hombre rudo.

Descascaro tus fotos, muerdo tus perfumes.

En la cocina no quiero ni tazas, ni cucharas, ni platos en números pares. Los enseres se miran aterrados ante este holocausto de lozas acribilladas por mi furia. Pinto de verde la silla que siempre te acomodó al monólogo y le pego recortes de diarios que voy encontrando en el piso.

Acomodo la heladera. Tiro tus dulces “lights” (livianos como nubes), tus remedios de siete colores, todas tus botellas donde guardabas agua por si algún día escaseara en la tierra.

Remuevo cuadros. Corto cables que unían tu vida con otras vidas, no con la mía.

En bolsas de consorcio amontoño tus silencios, los descuidos, tan cuidados en tiempo y forma, que fueron amurallando mi corazón.

Los vecinos me miran, me espían entre rejas.

En la vereda una montaña de cajas y de bolsas parece ascender hasta el cielo.

Respiro profundo. Por primera vez huelo mi piel. Con mis manos reparo en mis piernas, veo que tengo escamas. Estoy mutando. Me emociona este cambio.

El tiempo se detiene, voces aladas me susurran poemas y yo, Mujer-candado, encuentro, por primera vez, la llave de mi mañana.

LACTANCIA

Sin tiempo, sin sombras, de repente aparece.

Para contenerla

se levantan enhiestas montañas,

pulseando geografías,

desafiando mares,

salpicando ríos de lava.

De ellas brotan esencias lácteas,

y tras bravos temblores,

se derraman castas.

Nos llegan en recuerdos,

se desgajan en lágrimas,

en pezones agrietados

que sombreaban el hogar.

Pensativas cordilleras se quebraron con preguntas,

otras estallaron en cenizas opacas.

Muchas quedaron mudas, sin rostros,

por siniestros asesinos de mirada blanca.

Algunas son juveniles colinas,

que asoman en la inhóspita pampa,

Senos-verde-agua,

miles de gotas de rocío

bendiciendo la tierra, presintiendo un mañana.

De mis pequeñas montañas,

ya sin río, ni lava,

queda una marca en cada ladera

recortando mis mañanas,

recordándome tu cara de niño hambriento

en profundas madrugadas.

BLANCO

Hoy, después de esperar 35 años, llegó un sobre certificado a mi nombre.

En pocas líneas se resumía un deseo de 3 décadas: “A partir de la fecha, Usted ha sido beneficiada con el régimen jubilatorio”.

Cerré el sobre, despacio, y lo guardé en el bolsillo del delantal.

Después de despedirme de amigos, pacientes y colegas me dirigí a la cocina para recoger de un estante mis delantales, cofias, fotos, zapatos, libros, cartas y dibujos (regalos de pacientes); recuerdos que en estos años fui acumulando. Mi última mirada se sintió extranjera al observar los detalles de mi, hasta hace instantes, consultorio de toda la vida. “A partir de la fecha...”. Me agujoneo profundo descubrirme tan dócil a una orden lacrada. Orden disfrazada de derecho. Cerré la puerta, entregué la llave en recepción y salí a la calle.

Entre las tareas que me he impuesto para hoy está, desde luego, la de cambiar el horario del despertador, aunque sé, por supuesto, que igual voy a despertar a las cinco y cuarto de la mañana como cada día de estos últimos treinta y cinco años.

Tantas mañanas oscuras, tristes, lluviosas, que dejé correr como agua entre las piedras, perdiendo la infancia de mis hijos, viéndolos crecer en fotografías, en reproches planteados con justa razón.

Tantas noches de turno, corriendo de una sala a otra, entre la vida y la muerte, buscando el equilibrio, mientras detrás de la ventana el mundo giraba indiferente; a paso firme en su concentrado plan.

De todos los rituales practicados durante años del que más me va a costar despojarme es el del lavado diario de delantales y guardapolvos. Esa obsesión enfermiza que tengo de dejarlos blancos, immaculados, para borrar de ellos cualquier indicio de dolor. Soy una experta en este proceso de purificación textil.

En estos años he probado de todo. Pero fue Doña Sara, una amiga de mamá, la que me dio la receta perfecta: detergente ordinario más el jugo de dos limones y un puñado de sal, dejando secar la prenda al sol. Con eso iba a lograr un blanqueado maravilloso.

Y vaya si tenía razón Doña Sara. Preparé la pócima (así es para mí), la vertí en la batea y fregué a conciencia. Más tarde: el delantal se balanceaba en la sogá secándose perezosamente y un blanco de nubes, celestial y aséptico, nimbaba la tela.

Todos los días me presentaba impecable en el hospital, con nieve pura en cada centímetro de mis prendas.

Hoy todo es más fácil, con tantos productos de limpieza, blanqueadores, jabones. Soy una adicta a todas las propagandas de limpieza y pruebo cada marca buscando la fórmula secreta que me deje conforme.

Esta apariencia, esta obsesión innegociable, de limpieza, frescura e inocencia que quise transmitir, no solo con mi uniforme, si no también con mi mirada, demás está decirlo, era una forma, un intento civilizado y metódico para conjurar tantos dolores y sufrimientos que se me iban pegando a medida que las horas pasaban. Cada noche, al regresar a casa, en estos 35 años, tenía que sacudirme una miríada de fantasmas adheridos a mi angustia. Tantos sudores, lágrimas, orines, excrementos, microbios me habían mutado de doctora competente y segura a una peligrosa profesional de la salud.

Es verdad que "las apariencias engañan". ¡Y cuanto más un guardapolvo albino que refleja pureza, paz, inocencia! ¡Querer tapar la más oscura noche echándole una diminuta manta encima!

Esta fachada de immaculada pureza que yo alimentaba cada día era un

fatal error para todos los que me esperaban resignados en las camas del hospital.

Pobres sufrientes, que creían ver en mi blancura angelical un rayo de esperanza, un descanso a su dolor. (¡Su blancura me cura, Judith!)

Todo fue un teatro orquestado, donde los únicos que manejaban el gran abanico de los estados anímicos, sin saberlo, y nos llevaban, a nosotros, sus guardianes, del éxtasis a la locura, del amor a la soledad, eran los pacientes. Ellos eran, siempre fueron, lo real y los fantasmas. La violencia mendicante de la vida que trastabilla y a su paso carga con todo. Hoy me despojo de mi careta, mis vestiduras.

Por fin seré una simple mujer buscando otros colores que le den significado a los pocos años que me quedan por vivir. Antes del blanco total.

*

DOS



Dos niños entretejen un puente de silencio en las siestas.

Dos padres desarman un recuerdo en la noche fría.

Dos familias se construyen en paralelo,
sin saber que la sangre une los peldaños.

Y en el tiempo,
la humanidad descansa de sus gemidos.

METAMORFOSIS

Del capullo de alambres asomo los dedos, el frío me contrae las uñas.
Desde mi refugio de palabras reparo en los hilados acentos. ¡Son tan frágiles!

Los saco, los limpio, los reacentúo, y vos vecino capullero de enfrente, me saludas por las tardes.

Nos vemos a veces, mientras tus sueños de mudanza incipiente, con esas ganas de ser y no ser, te llevan a entretejer horas soñando con capullos etéreos.

Paso otro día en mi castillo de hilos.

Me asusta respirar fuerte, todavía. El espacio se ensancha para alojar nuevas dudas y te miro pequeño gusanito de enfrente. Quieto hace horas, con ese gesto de héroe resfriado. Con el orgullo en tus ojos, sin pestañar moras. Así, inmóvil ante la metamorfosis, espero tu cambio.

Otro día que muere, mi nido de astillas se bambolea en el viento. Es otoño en el aire y mis pulmones son dos hojas marchitas.

Estoy sola en el barrio, sola como siempre, con mis babas pegadas.

Todos volaron, hasta vos caballerito de lata.

Y yo sigo acá, silenciada entre ser y no ser una paloma blanca.

En manos del invierno, paso otro día en mi castillo de hilos.

Me asusta respirar fuerte, todavía.

*

DESIERTO MATERNO

Todos los calendarios de su casa son de veintiocho lunas.

Recorta los meses en que sobran días y con ellos inventa un almanaque de esperanzas para los tiempos en que su dolor no la deje respirar.

Cansada de contestar preguntas, de sonreír a todos los niños del barrio, intenta, nuevamente, esta noche, de bruma y fuego en el horizonte, danzar como loba en celo.

Otro día que despierta y palpa su vientre, acuna sus dedos, imagina una nana.

Quizás los horarios cargados de actividades... Quizás las charlas con amigas ayuden... Quizás otra jornada.

En la tarde un dolor persistente en su cabeza no anuncia nada bueno.

Se asoma a la ventana, ve dunas y remolinos de viento en la esquina de su casa.

Prepara un café; con la cuchara revuelve las excusas que se le enredan en el pelo.

Ya no duda, conoce su cuerpo, sabe que en horas sus piernas pesaran continentes, y su humor estará quebrado en astillas.

Toca la taza, el aroma a café "denso como un abrazo" sube a su nariz y se entremezcla con sus lágrimas de arena espesa.

Otro sorbo que desciende por su garganta recorriendo su cuerpo infecundo en busca de vida.

En la taza, pequeñas gotas se agrupan solidarias.

PAN Y CEBOLLA.

Cuando siento que la angustia me traspasa, que nos vamos alejando, que se impone la rutina, que tus enojos aumentan y que la apatía es mi rostro, recorro a la cocina, a las recetas perfectas, a los sabores sin heridas.

Impacientes, mis manos acarician ingredientes, recogen aromas.

Todo ordenado en la mesa:

- *1 cebolla mediana,*
- *Leche tibia en la taza,*
- *Harina, 450 grs en la olla.*

Los recuerdos me rodean, me susurran al oído, me dejo llevar, el último abrazo, la sonrisa cómplice, el mensaje no dado.

El ritual prosigue: en la licuadora la cebolla pelada, sal, azúcar una cucharada, leche tibia, levadura, margarina 30 grs.

El tiempo se detiene, se esfuman los disgustos.

Todo licuado, se agrega la harina, se forma la masa, blanda, elástica, tierna.

Que el principio no fue fácil, que el dinero no alcanza, que nos corren los impuestos, que los chicos crecen, que tenemos canas, arrugas, dolores, que nos faltan ganas.

En el bol de la abuela, untado en aceite, derramo como un río salvaje la masa creada. La abrazo con un lienzo, la acuno, le canto como a un niño de pecho que duerme su sueño de nubes de lana.

Cuando crece, se extiende, me llena, entonces, tomo la cuchilla y divido la masa en dos.

Después, en una placa sutilmente aceitada, con forma de panes, de lunas, de mares, los acomodo.

Otra vez transito la vida pasada, reparo en tu pena en mis ojos, en mi rabia en tus hombros.

Al horno caliente por treinta minutos los panes viajan.

Y así, otro día pasa.

Ya está todo listo; y en silencio, hablando sola, te digo:

Contigo, pan y cebolla.

BARRIO

En un barrio, una manzana y allí una biblioteca.

En ella gente que se reconoce por su asma literaria o por esa manía de oler libros viejos o detenerse ante hojas secas o perros poetas para hablar.

Y siempre las preguntas como tatuajes en sus brazos:

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Y en las paredes libros, palabras, crucigramas por terminar, pedazos de maquetas de caudillos feudales. Todo encapsulado allí.

En un barrio, una manzana y allí una capilla.

En ella gente que se reconoce por su espalda inclinada ante un crucifijo inmóvil o por el movimiento de los labios repitiendo mantras ancestrales que envuelven la melodía de la tarde.

Y siempre las preguntas como bautismos ceremoniales:

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Y en las paredes un blanco de otro mundo que se acopla a las campanadas del domingo llamando a misa.

En un barrio, una manzana y allí un hospital.

En él gente que se reconoce por sus dolores, muchos de ellos con fecha de vencimiento y ese andar sumiso de la sala 1 al laboratorio, y de ahí a la sala de vacunación y otra vez esperar, a hacer una larga cola de trámites.

Y siempre las preguntas como analgésicos mal recetados:

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Y en las paredes, estampados como cristales las bacterias, los microbios, las lágrimas de impotencia ante una muerte tan temprana.

En un barrio, una manzana y allí una plaza.

En ella la vida se expande impúdica en este otoño.

Los árboles, los pájaros, los insectos de la comuna verde, todos los perros y gatos del barrio se asombran porque todavía nosotros, orgullosos humanos, no encontramos las respuestas a nuestras dudas existenciales:

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

*

VOCES

Me dijeron: “*Qué suerte muchacho...terminó la guerra y es primavera*”. Así, de golpe, cuando todavía estaba apretando el gatillo del revólver, cuando todavía no me había podido despegar de la retina ese pedazo de cuerpo que bailó una danza macabra para caer solemne entre mis botas. Así, me dijeron:

*Qué suerte*_ y yo lo miré al Coronel sin saber si era él quien me hablaba, o si eran esas voces que me acompañan hace un tiempo y me hacen pasar malas jugadas.

Pero sí, el Coronel Rosales era quien movía los labios y me decía:

Qué suerte a mí, el menos indicado para que la balanza del destino me juegue una buena.

Y acá estamos, caminando, creo que hace dos días, paso a paso, con la marcha pegoteada en mis botas, por el campo, llegando hasta alambrados que cercan casas.

Y me dijo, o me dijeron: “*Muchacho*”. Ya no más soldado Gómez. Ahora soy un muchacho. El soldado se disipó con el eco del último disparo.

Pero después de haber masticado tanta ruina uno no puede seguir siendo: “*Muchacho*”, uno se transforma en buitres, en pájaro carroñero. Si pisoteábamos los cuerpos, si nos reíamos de la desgracia ajena con todos nuestros dientes hacia afuera, como alambrando la sonrisa para adentro, no dejando pasar ese mohín de asombro que trae la muerte cuando te agarra de sorpresa.

Y me dijeron: “*terminó la guerra*”. Como si fuera tan sencillo poner un punto final a la acción, doblar los fantasmas como sábanas y guardarlos bajo el alma espeluznada.

¿Y la guerra que llevo por dentro?, ¿y lo que corre por mi sangre entre glóbulos rojos y blancos, esa batalla imponente donde no valen armisticios ni treguas, ese combate sanguíneo que recrudece por las noches entre el que fui y el que soy, esas dentelladas insaciables hablando pesadillas en mi más remoto interior?

Y me dicen: “*y es primavera*”. Y yo no la siento, más bien tengo un frío invernal, como de piedra enmohecida, que crece desde mis pies y va cristalizando todo lo que toco.

Primavera... y en mis ojos el paisaje destella grises, los árboles están

secos, los campos áridos.

Primavera....

Refriego mis ojos, dilato mis fosas nasales y huelo las matas silvestres...
y todo está maldito de pólvora entre las hojas.

¿Dónde está la primavera? ¡Qué inmoralidad es que sea primavera!

El mundo tendría que prohibir ese estado enfermizo que idiotiza a la gente con perfumes y colores estridentes. ¿No escuchan el olor a pólvora, no huelen su estruendo macabro? Y me dicen: *“Que suerte muchacho, terminó la guerra y es primavera”*.

Todo el tiempo las voces impares que anidan en mi cabeza me dicen:

“Que suerte muchacho, terminó la guerra y es primavera” *“Que suerte muchacho, terminó la guerra y es primavera”*.

DIÁLOGO INCONCLUSO

Nos miramos, calculamos distancias. Quizás 15 baldosas de su silla a la mía, en una sala de espera en el hospital. Con anginas y fiebre, yo. Con un embarazo a término, ella.

Se acomoda en la silla, rearma su cuerpo a la superficie que la contiene. Se acaricia la panza con sus manos grandes.

Arriba, abajo, en círculos, zigzagueando venas, sus dedos despejan de odio a su hijo.

No hablamos, imposible hacerlo con este murmullo agobiante que se acopla en mis oídos.

En verdad, no hace falta. Si nos miraran con atención los doctores y enfermeras que pululan en esta sala, verían que de nuestros cuerpos penden hilos verdes que nos entrelazan.

No me asombro de nada. Son lazos húmedos y vitales y en sus vaivenes nos contamos nuestras vidas.

Ella, que viene del monte, que no encuentra palabras para describir la soledad que la martiriza desde que su Ñuto cayó en desgracia con la policía y la dejó, sola y preñada de este gurí, que, pobrecito, gritará: *¡Hambre!, en el pueblo*. Hambre.

De mi parte, salen burbujeando pequeñas historias de ansiedades diarias, de frustraciones que me atan a una agenda ya sin hojas, lengua de cemento que mis lágrimas humedecen.

Pasa el tiempo. Se levanta de su silla y con pasos medidos ingresa a la consulta. Mi cabeza es una calesita en la selva. Sudo. Busco en mi mochila la botella de agua.

El médico de guardia por fin llega. Alguien grita mi nombre.

Recojo las lianas que quedaron olvidadas en el piso.

Más tarde intentaré retomar este diálogo inconcluso.





Lo importante no es contra qué rebelarse, sino con quién...

**Este libro se terminó de imprimir
el 15 de enero de 2019**